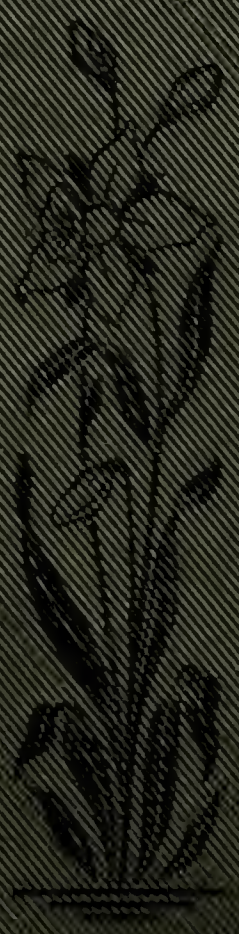
BRAVO Y LECEA

Cariños traidores

Crítica cómico-dramática



MADRID
1914

CARIÑOS REDENTORES

Esta obra es propiedad de su Autor, y sin su permiso nadie podrá reimprimirla, ni representarla en España, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que determina la ley.

Establecimiento tipográfico:

::: de Antero Concha :::

Plaza de San Esteban, n.º 2

:: GUADALAJARA ::

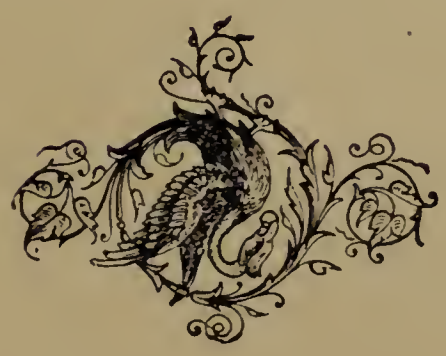
CARIÑOS REDENTORES

Tríptico cómico-dramático en un acto y en prosa

(INSPIRADO EN UN CUENTO DEL AUTOR)

POR

BRAVO Y LECEA



Madrid
—
1913

Al SR. D. JUAN ZABÍA BERNAD, en público testimonio de una amistad muy añeja y tan sincera, que subsistió y se mantiene inquebrantable, a pesar de figurar V. y yo en el mismo partido político, desde hace veinticinco años, y convivir desde igual fecha en idéntico ejercicio profesional. En una localidad pequeña, tales afirmaciones constituyen timbre de gloria para V., y de ello también se envanece su devoto

EL AUTOR.

24 Junio del 1913.

A guisa de presentación

Inspirada esta obra en un cuento publicado en «La Ilustración Española y Americana», número XXXVI, correspondiente al 30 de Septiembre de 1904, considero oportuna la reproducción de aquel, mi trabajo literario, génesis y motivo del presente.

REDENCION

Ella recordaba á maravilla la prohibición de su papá y el precioso juguete que tanto acarició el día que se lo regalaron, agotando casi la delicada esencia que contenía, estaba allí, en el monísimo tocador de la nena de la casa, brillante alhaja que solo le sería consentido usar, cuando fuera mayor y libre para ciertas coqueterías que nacen en la mujer con ella misma.

El valioso pulverizador imitaba en su forma un revólver, artística y detalladamente modelado en plata.

—Los perfumes de la infancia son el candor y la inocencia,

ellos los más gratos para mí;—decía su papá jugando con los sedosos bucles que orlaban el rostro de la niña;—con el cariño para tu padre, conserva tan hermosos sentimientos, que la pureza del alma no necesita esencias. Sus aromas son como el incienso en los templos cristianos; por su virtualidad, sube hasta los cielos....

—¿Donde está mamá?—preguntó aquel ángel de siete años.

—Sí, hija mía,—afirmó el padre con emoción por el recuerdo, besando aquella cara de azucena ligeramente sonrosada.

Las frases habían sido dichas por el padre con un tono de severidad, tan en contradicción con los mimos de costumbre, que impusieron en el ánimo de Pilarcita una coacción á su voluntad y cuando el aya, desconociendo el mandato, hacía ademán de romper la prohibición é infringir la orden usando el pulverizador, la nena protestaba á la eficacia de su obediencia respetuosa, diciendo:

—No me perfumes, que le desagrada mucho á papá.

Y allí, en el tocador, entre cepillos, frascos pequeños, botes diminutos, bomboneras con lindos esmaltes y otras varias chucherías, presidiendo una anárquica confusión de preciosos juguetes de metal y porcelana, yacía la fingida arma, sólo tocada por la servidumbre cuando hacía la limpieza.

*
* *

—¡No vá más!—exclamó el banquero y un momento de ansiedad, silencioso, espectante, se notó entre los concurrentes á la soberbia y lujosa sala de recreos del Casino.

Poco después y como una ola que avanza y todo lo invade, la más loca alegría dibujábase en los rostros de los jugadores.

El caballero que se sentaba en el centro de la mesa perdía una fortuna y sin embargo, su fisonomía, severamente simpática, no reflejaba la violenta emoción, el gigantesco combate que se debatía en su alma.

—¡Qué suerte tan desdichada!—exclamó alguno presenciando cómo desaparecían los billetes del inteligente médico y pasaban á poder de los demás.

La contienda, el codicioso torneo, tenía algo del estado febril, una patogenia moral; revolución nerviosa que inspiraba á los unos sed insaciable por aumentar el caudal ganado, en el otro, ánsia por reintegrarse de la inmensa cantidad perdida.

Y la vesania del juego llegaba á unos límites imposibles.

Poco después, arruinado el padre de Pilarcita, saludó cortesmente, con el dolor del vencido, con el estigma del humillado y salió de la sala.

***

El frío de la calle, azotando su frente calenturienta, disipó aquella anestesia impuesta por la buena educación y ante la realidad abrumadora, sintió un sudor de hielo culebreando por todo su cuerpo .... Parecía que las piernas se habían entumecido, que se negaban al movimiento.... De sus ojos se desprendió una lágrima.

Había perdido todo el patrimonio, abusó del crédito cerca de sus amigos y en la crisis nerviosa que sucedió á las agitaciones del juego, el herido por la suerte parecía ver delante de sí y como fantasmas provocados por la imaginación, la figura de su esposa poco antes de morir recomendando su hija encantadora y la de Pilarcita, recogida entre los brazos de su padre, al arrancarla de la frialdad de aquella que le diera el ser.

***

Tres horas de pensar las más locas determinaciones, tres horas de ruda contradicción al hecho consumado, la agitación de su espíritu armonizaba con el contínuo ir y venir de un sitio á otro de su despacho.

Rebuscó papeles, consultó libros de apuntes, é impensadamente su mano tocó una caja, haciéndole análogo efecto, idéntica sensación, que si hubiera recibido la descarga de una corriente eléctrica.

Dentro de la caja había dos pistolas.

Con brusca nerviosidad, se apoderó de una, la examinó y estaba cargada.

Dejando caer el brazo, pensó....

La cabeza reclinada sobre el respaldo de la butaca, la mano derecha sosteniendo el arma, y sus bruñidos de acero al recibir la luz, imitaban los reflejos de la plata.

Como último destello de un cerebro que acaricia la idea de descansar, ejerció su soberanía postrera y los labios del infortu-

nado, cual si se movieran automáticamente, sin sometimientos á la voluntad, solo esclavizada por suicida imposición, pronunciaron un nombre:

—¡¡Pilar!!

Y cuando se aplicaba á la sien el cañón de la pistola, una imagen angélica surgió en el despacho; una mano delicada sostuvo la de su padre y por un espejismo candoroso, incurriendo en la equivocada idea de que su papá pretendía hacer uso del prohibido pulverizador, exclamó:

—La pureza del alma, no necesita esencias y yo tampoco consiento que te perfumes.

Aquellos dos corazones, se confundieron en uno.

Bravo y Lecea.

REPARTO

PERSONAJES:

PILAR.—Niña de 17 á 18 años.—En esa bruma en la que luchan una ingenuidad infantil que se va y una picardía mundana que llega.—Hija de D. José.

MARÍA.—Tía de la anterior.—Señora de edad, encargada de la dirección y cuidado de su sobrina.—Carácter serio y dulcemente bondadoso.

D. JOSÉ.—Padre de Pilar y hermano de María.—Personaje más joven que esta última.—Médico notable; carácter un poco reconcentrado, muy cariñoso para con su hija.

CARLOS.—Padrino de Pilar.—Personaje seriamente elegante; temperamento reflexivo, pero sincero.

D. BLAS.—Socio Casino; señor de edad, apacible, friolero y bebedor.

SR. ROBLES.—Socio Casino: hombre de 40 á 45 años; carácter insufrible y pendenciero.—Este personaje conservará siempre las modalidades de un temperamento irascible, hasta la última escena del segundo cuadro, en la que aparecerá como modificado.

SR. RODRÍGUEZ.—Padre de la novia de Atinodoro; personaje de cierta edad, que procurará emular al Sr. Robles en carácter atrabiliario.

ATINODORO.—Joven inquieto, un tanto cursi y enamorado.

SEÑOR 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
IDEM 4.º

Socios Casino; de bastante edad, pero cuidadosos de sus personas; viejos verdes é hipócritas.—El señor 1.º reflejará al hablarse de dinero, ser un hombre avaro.

MARTINGALISTA 1.º—Socio Casino; jugador, de edad y convencido en las combinaciones del juego.

MARTINGALISTA 2.º—Socio Casino; más joven que el anterior; poco experto en aquéllas.

COMPAÑERO DE CARLOS.

UN CAMARERO.

La acción en la actualidad, en invierno y en una capital de cualquiera provincia española, á excepción de las más populosas.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa el cuarto-tocador de una niña; el mobiliario y adornos á tono claro suave. (Con el fin de facilitar la mutación inmediata para el cuadro siguiente, el primero debe ser á escenario reducido). Tocador con espejo, sillas volantes y cuanto pueda entrañar una habitación, más que elegante, de gusto, dedicada al aseo de una joven.

ESCENA I

PILAR *y* MARÍA

PILAR. Aparece sentada; en traje de mañana, con el cabello suelto y como dispuesta á ser peinada. ¡Precioso! ¡Elegante! Examinando un estuche que contendrá un pulverizador, de la forma de un revólver.

MARÍA. La verdad es que tu padrino ..

PIL. Levantándose. Rivaliza contigo y con papá en colmarme de atenciones, en obsequios de una delicadeza, que mal corazón sería el mio, si no los agradeciera con el mayor reconocimiento.

MAR. ¿Qué hablas de mal corazón...? Huérfana tú de aquella santa, cuya memoria es para todos nosotros de

religiosa devoción, su hija tiene que ser tan buena como la madre...

PIL. No te entristezcas. Yo creo amar á mamá con alegría y sin faltarla al respeto. Tu culto es distinto al mío y los dos son igualmente sinceros. Tú la adoras con rezos y con lloros, yo también á su recuerdo siento que se humedecen mis ojos de lágrimas, pero hay en ellas un no se qué de consolador, que parece las alegra; son los sentimientos de mi alma juvenil que quizá poetiza sus amarguras y las separa de esa impresión triste, que es norma de tu carácter.

MAR. El cambiante de los años, ¡modifica tanto la expresión de nuestro sentir...!

PIL. Mucho debe contribuir la edad, pero es una observación que no sé si será mía: el carácter de las personas á veces lo es todo...

MAR. ¡Ni que fueras un tratado de filosofía...?

PIL. Perdona mis ingenuidades alocadas, pero con quién he de franquear las intimidades de mi alma, que no me gusta tenerlas guardadas y que sin querer brotan á mis labios? Tú lo eres todo para mi... Acariciando a María.

MAR. Como reconviniéndola. Y tu papá...?

PIL. También lo es todo, y mi padrino el tío Carlos, otro todo...

MAR. Jovialmente. Otro misterio de la Trinidad...?

PIL. No, misterios, no; si quieres, llámalo problema y te lo explicaré...

MAR. Miren la señora maestra de diez y seis años.

PIL. Nada de maestra; tu discípula y quiero probarte que aventajada.

MAR. Como dudando. ¿Adulación?

PIL. No; cariño, mucho cariño...

MAR. Pues á la pizarra, explique usted el problema.

PIL. Los problemas del afecto creo yo que caben en una pizarra muy pequeñita. No dice papá, que tantas veces curó el corazón, que es un órgano del cuerpo algo menor que nuestra mano cerrada... ¡Cuántos amores no caben en cosa tan pequeña?

MAR. Admirablemente planteado.

PIL. Pues en el mío, por ahora, no guardo otros afectos que el de papá, el de mi padrino y el tuyo, enlazados con el recuerdo á mamá...

MAR. ¡Qué sinceridad femenina más adorable! Con que... Con malicia. *Por ahora,* solo los consignados...

PIL. Transición. Este obsequio es un recuerdo más de lo

mucho que me quiere el tío Carlos. Sabe que me agradan los perfumes y este aparato contiene un aroma delicioso...

MAR. Encerrado en una pistola, ello no es lo más apropósito para una niña...

PIL. Si es una pistola de mentirijillas. Saca el perfumador del estuche. Mira, al disparar, sale el perfume.

MAR. No faltaba más que tu padrino te hubiera enviado un arma de fuego. Sus neurastenias le inspiran las mayores excentricidades; la forma de ese pulverizador es una prueba más de las muchas que padece, pero de haberte regalado un revólver de verdad, ello hubiere sido una locura.

PIL. Pues á mí, me encantan las locuras.

ESCENA II

Dichos y DON JOSÉ

D. JOSÉ. Entrando. Mi preciosa hija. Dando un beso á Pilar.

PIL. Reponiéndose y enseñando el pulverizador. Mira, un obsequio del tío Carlos....

D. JOS. Tu padrino es la expresión de las mayores extravagancias; ¿para qué sirve esa arma?

PIL. Para perfumar; verás....

D. JOS. Interrumpiéndola con relativa severidad. Queda prohibido el uso de la fingida pistola. Dulcemente sentencioso. Los perfumes de la primera juventud deben ser el candor y la inocencia; ellos los más gratos para mí. Con el cariño para tu padre, conserva tan hermosos sentimientos, que la pureza del alma no necesita esencias. Sus aromas son como el incienso en los templos cristianos, por su virtualidad sube hasta los cielos.

PIL. ¡Donde está mamá?

D. JOS. Afectado. ¡Justo...! Transición. Ahí, sobre tu tocador, debe quedar depositado; entre esas muchas figuritas de porcelana, botes diminutos, cajitas de metal con lindos esmaltes y demás chucherías que adornan ese mueble, para que con ellas se distraigan las miradas de unos ojos encantadores y parleros, en los que se emboba un padre desdichado que hoy no no tiene más amores que su hija....

PIL. ¿Te vas a poner triste como María? Coloca el pulverizador en el tocador. Queda respetada tu voluntad. El obsequio del tío Carlos será un adorno más en mi tocador, su uso queda proscrito hasta que tú lo consientas....

D. JOS. Me duele contrariarte, pero ello es una contrariedad pueril. Así iré moldeando un alma en la que vacío todos mis quereres. Transición. Y dejo á mi niña con la buena de María, en sus menesteres matutinos; mis enfermos reclaman al doctor, que como todos los días vino á ver á su nena y á ofrecerla el homenaje del primer saludo...

PIL. Con cierta señoril coquetería. Y yo, cumplida la obligación, libro al doctor para que no retarde sus deberes profesionales....

D. JOS. ¡Adorable! Adiós, vida mía... Besándola con el mayor amor.

PIL. Mirando fija á su padre al ser abrazada por éste. Mi primer caricia de hoy, para tí; recibe estos mimos, como si también te los hiciera mamá...

Don José, afectado, mira á María,—que limpia sus ojos con un pañuelo,—y se separa de su hija que le acompaña hasta la puerta, despidiéndose sin decir palabra; pero reflejando con el gesto y la actitud los sentimientos de su alma. Los actores representarán esta despedida con la más tierna delicadeza y con cierta pausa.

ESCENA III Y ÚLTIMA DEL PRIMER CUADRO

Dichos, menos DON JOSÉ

PIL. Se sienta delante del tocador: Jovialmente. María, á peinarme.

MAR. Sí; á acariciar este hermoso pelo...

PIL. Tú si que eres aduladora.... Con alegre energía. Y queda prohibido usar el perfumador: ¿Lo entiendes bien? ¡¡Prohibido!! ¡¡Prohibido!!

TELÓN LENTO

CUADRO SEGUNDO

Salón de un círculo de recreo. Puerta al fondo; al lateral izquierda y en primer término un balcón practicable. A la derecha, en segundo término una puerta y en primer término un confidente y varios sillones, como dispuestos para una tertulia. Por el balcón se supone que se vé la calle y que la puerta de la derecha da ingreso á la sala de juego. Sillas, sillones, veladores y en la parte suntuaria, cuanto pueda reflejar el salón de conversación de un Casino, dejando espacio para discurrir por todo el centro del escenario, desde la puerta del fondo hacia adelante, desde el balcón al centro y desde la puerta de la derecha también al centro.

ESCENA I

DON BLAS, *enseguida* UN CAMARERO, *después* SR. ROBLES

D. BLA. Entra por el fondo y mira un termómetro de pared. A veintitrés grados... No es una temperatura muy elevada, pero.... Llama a un timbre y se sienta, dando la espalda al balcón, delante de un velador é inmediatamente se presenta un Camarero.

CAM. ¿Qué desea?

D. BLA. Una copita de lo mío.

CAM. Aparte. ¡La sexta! Se retira.

D. BLA. Estos inviernos me destrozan; las temperaturas bajas me causan gravísimo daño; las corrientes de aire, ¡oh, las corrientes de aire, son mi mayor enemigo! Coge un periódico que habrá sobre el velador y después de pasar la vista por aquél, como si descifrara una charada. ¡Hombre! Mi debilidad... ¡Una charada! *Prima tercia*, en los ganados... Pensando. *Prima* y *tercia*....? ganados...?

ROBL. Entrando por la derecha y con un periódico en la mano. ¡Le rajo! ¡Le destrozo...! Acercándose á D. Blas y sentándose al lado de éste.

D. BLA. Señor Robles, qué habrá en los ganados...?

ROBL. ¡Cuernos!

D. BLA. Pues mire usted, es posible; ¡cuernos!

ROBL. ¡Estoy que trino!

D. BLA. ¿Cuándo no? ¿Contra quién van sus últimas iras?

ROBL. ¿Ultimas...? Por hoy son las primeras; usted dirá si no existe razón para que yo me incomode....

D. BLA. Como usted se enfurece por todo....

ROBL. Yo quisiera verle en mi lugar.

El Camarero sirve la copa á D. Blas y después se retira.

D. BLA. ¿Gusta usted?

ROBL. Yo no gusto de nada. A ese mequetrefe le deshago, porque de seguro será un mequetrefe....

D. BLA. ¿Quién?

ROBL. El redactor de este papelucho, el encargado de las «Notas de sociedad». Como si reprodujera por recuerdo noticias leídas en el periódico. «Que se marcha la bellísima señorita de López... Que regresa la encantadora sobrina de Pérez... Que se restableció en su salud la monísima hermana de Gómez...» Rabiosamente. Y á la de Robles...? ¡Que la parta un rayo!

D. BLA. Eso dice de la hermana de usted?

ROBL. Si dijera eso me le comia los hígados. Mi hermana celebró su santo el día 7 y ni la felicita, ni habla de que fué agasajada por sus amistades....

D. BLA. Como resulta un hecho pasado...

ROBL. Pues por eso precisamente; si antes de celebrar sus días hubiere aparecido la noticia, no cabe duda que ello hubiese sido también una gran inconveniencia. Nos habría obligado á preparar dulces.... botellas... ¡gastar dinero! por si acaso algún amigo se le ocurría felicitarla; pero después de celebrado, cuando ya no hay que hacer desembolsos, ni preparativos y todo se arregla con afirmar que resultó muy obsequiada por sus numerosos amigos y admiradores... ¡ello no tiene perdón! ¡¡Le hincho los belfos, vaya si se los hincho...!!

D. BLA. Cálmese, señor Robles.

ROBL. ¡No quiero, ni debo calmarme! El asunto es muy serio, porque mi hermana está en ese último período de esperanza matrimonial... ¡Me trae loco! Asegura que no tengo influencia sobre los periodistas...

D. BLA. Si es así, le compadezco.

ROBL. Alterado. Don Blas, á mí no me compadece nadie! Además, mi hermana ha dado ahora en la manía de decir que tengo mal carácter...

D. BLA. Interrumpiéndole. ¡Ahora, sólo? Su hermana de usted... Aparte. Le conoce admirablemente.

ESCENA II

Los mismos y ATINODORO

ATIN. Entra por el fondo: al acercarse á D. Blas y Robles. Muy buenas, señores...

ROBL. Oiga usted, Atinodoro... Conoce usted al redactor de las «Notas de Sociedad» de *El Ultimo Grito?*

ATIN. ¡Hombre! Jactándose. Para el caso, como si fuera yo mismo...

Robles al oir esto, trata de abalanzarse sobre el joven; don Blas le detiene.

ROBL. ¡Déjeme usted! Lo inutilizo...

ATIN. Muy asustado. Pero qué le pasa al señor Robles?

D. BLA. Nada, pollo. Que se encuentra *algo* molesto porque no han dado en *El Ultimo Grito* una noticia que le interesa...

ATIN. Pues que haga lo que yo...

ROBL. ¿Y qué hace usted?

ATIN. Mire usted el último número. Ah!... Señalando un lugar del periódico. Como si lo dijera de memoria. «La adorable y opulenta señorita de Rodríguez, prometida del elegante y distinguido joven Pancete (Don Atinodoro), saldrá uno de estos días para sus posesiones de Extremadura.» Riéndose.

ROBL. Y D. BLA. Que leerán al propio tiempo que Atinodoro dice de memoria las últimas frases. Es verdad; es verdad...

ATIN. Riéndose. ¡Mía...! ¡mía...! y ¡mía...!

D. BLA. ¿Quién? ¿La chica de Rodríguez...?

ROBL. Eso quisiera él.

ATIN. La noticia, ¡mía...! ¡mía...! y ¡mía...! La he escrito yo y yo se la he enviado al redactor de las «Notas»... ¡Todo el mundo hace lo mismo...!

ROBL. Lo hará todo el mundo, menos yo. Lo entienden ustedes bien? ¡menos yo!

D. BLA. ¡Claro, hombre! A Atinodoro, con ironía. Parece que no conoce usted al señor Robles; jamás claudica de su alta dignidad...

ATIN. Como si viera en el balcón de enfrente á su novia, desentendiéndose de la conversación y haciéndola señas desde el interior. ¡Preciosa! ¡Angel mío!

ROBL. *Oir*... ciertas cosas y *ver*... estas cosas... Refiriéndose á la actitud amorosa de Atinodoro. ¡No las puedo resistir. .! Rezongando, váse por el foro.

ATIN. ¡Hoy está más bonita que nunca! Abre el balcón.

D. Bla. *Prima, tercia...* en el ganado. Al notar que le entra frío por la espalda. ¡Cuernos...! Esto es intolerable; ¡menuda corriente! Para coger una pulmonía... Levantándose. ¡Qué desconsideración! Al Camarero, que habrá salido á escena un poco antes. Retira ese servicio y llévalo al salón rojo; pero... llena otra vez la copa... ¡Ah! Y trae el periódico; hoy inserta una charada y es ¡mi debilidad! Se marcha por la derecha.

Cam. Llevándose el servicio y siguiendo á D. Blas. ¡Su *debilidad?* Su debilidad son las copitas, ¡ya van siete!

ESCENA III

ATINODORO.—*(Dentro el* SR. RODRÍGUEZ)

Atin. Hablando al balcón, pero sin salir del escenario, de forma que le vea el público. Interrumpiéndose con frecuencia, como si mantuviera diálogo con su novia que estuviese en un balcón de enfrente. No me ha de extrañar que salgas á estas horas...? Sí, te quiero muchísimo... ¿Que has visto la noticia...? Hago de tí el elogio que te mereces... También me llamo yo elegante... Afirmo que eres mi prometida porque tengo muchas ganas de casarme contigo y respecto de este detalle, luego te diré ciertas cosas... Ya me supongo que estará tu papá muy ocupado, cuando te atreves á salir al balcón, estando él en casa... No faltaba más que no te vea después... ¿Que ha leído la noticia tu papá...? ¿Y qué ha dicho.. ¿Con que tanto le ha disgustado...? ¡Tienes que reconocer, que tu padre es muy bruto...! Dentro se oye un chillido de mujer, Atinodoro se esconde, mirando disimuladamente por un lado del balcón.

Rod. Desde dentro, muy incomodado y á grandes voces. ¡Sinvergüenza! ¡Le voy á usted á romper el bautismo!

Atin. En actitud de temor y atisbando por el balcón. ¡Pobre novia mía! Ese hombre es una fiera... ¡Qué escandaloso! Menudas voces...

Rod. Siempre desde dentro. Espere usted; enseguida estoy ahí y yo le daré conversaciones con mi niña...

Atin. Asustadísimo cierra el balcón y después mira azorado donde esconderse. Y vendrá, ¡ya lo creo que vendrá! Y me romperá un hueso, ¡vaya si me lo romperá! Esto de sostener relaciones amorosas con la contrariedad de un papá tan bruto, es un conflicto contínuo y un peligro y una exposición constante; ¡pero qué sue-

gro! Una gaseosa que he tomado hace un momento, con el susto, parece como si se me quisiera salir... ¡Voy á parecer un sifón...!

Dentro, por el foro, se oye la voz del Sr. Rodríguez, que sigue muy incomodado; Atinodoro se esconde colocándose detrás de uno de los sillones del primer término, de forma que sea visto por el públ.co.

ESCENA IV

ATINODORO, SR. ROBLES *y después* RODRÍGUEZ.—*(Entradas y salidas que marca el diálogo.)*

ROBL. Sale por la derecha con una cuartilla de papel en la mano. ¡Qué cosas hace uno, por dar gusto á las mujeres! Creo que no me ha salido del todo mal... Si supiera la gente que Robles, que el aceroso Robles... Leyendo la cuartilla y distraído en la lectura. «La bellísima hermana del infatigable y activo contratista de lanas señor Robles...»

ROD. Entrará un momento antes por el foro con un garrote y como si buscara á alguien. ¿Dónde está ese monigote? Poco después y al marcharse por la puerta de la derecha tropieza con el señor Robles.

ATIN. Aparte. Han chocado las dos fieras... ¡¡Se acabó el mundo!! Rodríguez y Robles se miran enfurecidos y sin decirse nada; escena mímica y de intensidad cómica. Váse Rodríguez por la puerta de la derecha.

ROBL. Contrariado. Me parece que he quedado muy mal...? Respondiendo á las tradiciones de mi carácter, he debido mostrarme como siempre fuí. A ese tío... ¡le meto yo el resuello en el cuerpo! Como recriminándose. La debílidad mostrada al redactar la noticia que tanto interesa á mi hermana, ¿me habrá cambiado? Con energía y resolviéndose; rompe la cuartilla en pedazos y los arroja violentamente. Nunca, jamás. Robles, siempre será Robles. ¡A ese tío, le como yo los hígados!

ATIN. Que desde su escondite habrá seguido con sin igual complacencia el proceso á la resolución del Sr. Robles; con alegría. Este señor me libra de mi suegro para siempre. ¡Qué felicidad, si quedara huérfana mi novia! Como agradecido. ¡Bendito sea el señor Robles!

Durante estas frases, el Sr. Robles hace ejercicios de boxeo y al terminar Atinodoro, aquél se dirigirá á la puerta de la derecha, en cuyo momento saldrá nuevamente á escena el Sr. Rodríguez. Ambos personajes se miran y gesticulan; repetición de la cómica y

muda escena anterior. Bufando, Robles se marchará por la puerta de la derecha y Rodríguez, bufando también, por la del fondo.

ATIN. Aparte y sin atreverse á salir del escondite; después de breve pausa. No se oye nada... ¿Habrán muerto los dos?

ESCENA V

ATINODORO *y cuatro* SEÑORES DE EDAD. CAMARERO *cuando lo marque el diálogo.*

SEÑ. 1.º Por el foro entra á escena con sus compañeros. Una tarde de invierno deliciosa... Yo sin pasear, moriría á la semana siguiente.

SEÑ. 2.º Aparte. Lo que mucho celebrarían tus herederos.

SEÑ. 3.º Acercándose, con los demás, á los sillones y confidente del primer término, donde tomarán asiento; el Señor 1.º en el sillón detrás del cual está Atinodoro. Con qué placer se toma asiento, yo me canso mucho...

SEÑ. 4.º De lo que no se cansa usted, es de mirar á la viuda...

SEÑ. 3.º No negaré que es una mujer hermosísima; pero uno, no está ya para ciertas cosas...

SEÑ. 1.º El amor rejuvenece á los hombres; pero esa mujer debe ser un despilfarro... ¡Qué lujo! ¡qué pieles!

SEÑ. 2.º Reflriéndose al 1.º Usted todo lo mira por el aspecto del gasto...

SEÑ. 1.º ¡La economía! Sin principios económicos, no puede jamás constituirse capital. Al notar que detrás de él se encuentra Atinodoro. Joven, pero qué hace usted por ahí..? Andando por los suelos...?

ATIN. Muy azorado. Nada..., nada... Buscaba... cinco pesetas... ¡que se me han caido...! Hace ademán de buscar.

SEÑ. 1.º ¿En cinco piezas, ó solo una moneda...?

ATIN. Aturdido. No sé... si en una... ó en tres... ó en ocho piezas...

SEÑ. 2.º Asombrado. ¡Un duro en ocho piezas?

SEÑ. 1.º No se ocupe, joven, de tal pequeñez. ¡Seguir molestándose por una cantidad así! Déjelas para los mozos, para cuando hagan la limpieza. Por sumas de importancia son comprensibles y hasta legítimos toda clase de sacrificios; por cantidades insignificantes, el desprecio, joven, el desprecio...

ATIN. Sale de su escondite. Tiene usted razón. Con mentida y cómica generosidad. ¡Las desprecio...!

CAM. Acercándose á los señores de la tertulia y preguntando á cada uno

de ellos personalmente. ¿Quiere usted algo...? Y usted...? Y usted...? Y usted, caballero....? Los señores hacen signos negativos.

SEÑ. 1.º Rectificándose. Yo sí... El Camarero se vuelve como asombrado y los tres Señores miran con curiosidad al 1.º Me vas á traer... me vas á traer... ¡una copa con agua!

Camarero la sirve de otro velador en donde habrá botella y copa; una vez hecho el servicio, váse. Atinodoro se colocará á la parte interior del balcón, como si mirara la gente que discurriera por la calle.

SEÑ. 2.º Como reanudando la conversación poco antes interrumpida. Realmente, no es solo la viuda... ¡son todas!

SEÑ. 3.º En nuestros tiempos había mucha más modestia; con cuatro trapos se vestían las mujeres.

SEÑ. 2.º Era mayor el recato, más firme la moralidad...

SEÑ. 4.º ¿Qué tiene que ver la moralidad con el gasto...?

SEÑ. 1.º No diga esa herejía; el gasto ¡tiene relación con todo!

SEÑ. 2.º ¡Y qué manera de recogerse los vestidos...! Todo por enseñar un calzado coquetón y exhibir...

SEÑ. 3.º Las formas femeninas han sido en todos los tiempos el encanto y la admiración de los hombres.

SEÑ. 1.º Y lo que yo digo; no puede sostenerse el lujo, sin que decaiga...

SEÑ. 2.º Interrumpiéndole. ¿Han visto ustedes la pantalonera?

SEÑ. 1.º ¡Ya lo creo! ¡Muy chulilla... muy chulilla...! Cuando llevaba los tacones torcidos... ¡iba más *derecha!* Ahora que los lleva rectos, es que ella se vá *torciendo*...

SEÑ. 4.º Reconozcamos que las mujeres son la causa de que todo esté perdido... Hace mucho tiempo que para mí, ¡como si no existieran!

SEÑ. 3.º Aparte. No me choca... Alto. Igual yo...

SEÑ. 1.º Yo las desprecio.

SEÑ. 2.º Yo las aborrezco, ¡hay en mí y para ellas, una verdadera antipatía!

ATIN. Al balcón. Bendito Dios, ¡qué señora! Volviéndose hacia los de la tertulia. Caballeros, en este momento pasa la nueva cupletista... ¡¡La Nacarina!!

Atropelladamente se dirigen al balcón los Señores 2.º, 3.º y 4.º y ya en aquél, hacen muestras de gran admiración.

SEÑ. 1.º Que habrá quedado en su sillón; mirando disimuladamente al suelo. Aparte. ¿Hacia dónde habrán caído las cinco pesetas?

ESCENA VI

Dichos y dos MARTINGALISTAS

Estos últimos entran por el foro y se colocan á hablar en el centro del escenario. Entre tanto Atinodoro y los Señores de edad miran por el balcón; Señor 1.º sigue furtivamente buscando la moneda que supone caída á Atinodoro.

MAR. 1.º Es cosa segura... Fíjese usted... Enseñando una tarjeta de juego. Todo lo constituye paciencia.... y capital.... ¡yo tengo la paciencia! y usted....

MAR. 2.º Justo; y yo tengo el capital.

MAR. 1.º ¡Admirable! Se entra al segundo pase, y se juegan siete pesetas... ¡que se ganan! Después se espera otros tres pases y... nueve pesetas, ¡que también se ganan! Esta combinación es infalible... ¡Segurísima!

MAR. 2.º Como convencido. ¿Le parece á usted que presente la dimisión de mi empleo en la Tabacalera?

MAR. 1.º No, aturdido joven; aunque el negocio sea seguro, conviene no precipitarse... De forma que usted tiene ahí las doscientas pesetas....

MAR. 2.º Sí señor; mucho trabajo me ha costado el reunirlas, pero aquí están... ¡He tenido que empeñar hasta la ropa interior!

MAR. 1.º Perfectamente. Yo jugaré la combinación, pues usted puede equivocarse. Señalando la tarjeta. Ello no puede fallar... Se dan tres pases, y se meten cuatro pesetas ¡que se ganan!

MAR. 2.º Temerosamente. Diga usted, ¿y si se pierden...?

MAR. 1.º Nunca; si no pueden perderse, le digo á usted que esto es infalible. Los dos se van por la puerta de la derecha como continuando la conversación.

ESCENA VII

Dichos, menos dos MARTINGALISTAS.—CAMARERO *cuando lo indique el diálogo.*

SEÑ. 2.º Señalando al frente del balcón, á Atinodoro. Joven, fíjese en quién le está mirando desde hace un rato...

ATIN. Angustiado y separándose del balcón. ¡Mi novia! Y me ha sorprendido mirando á la cupletista... ¡Con lo celo-

sa que es, buena me espera! Para esto de las infidelidades amorosas es una leona; ¡tiene peor genio que su padre! Si hay días que no debía uno salir de casa... ¿Y qué la digo? ¿Cómo la engaño, si ha sido ella misma la que ha presenciado mis *flirteos...?*

Camarero sale por la derecha acercándose á Atinodoro; le habla á éste en secreto.

Después de escucharle. No me faltaba más que esto, ¡un *sablazo!* Al Camarero. Dígale usted que no me ha encontrado .. ó que no tengo dinero... ó que me he marchado...

CAM. ¿Qué le digo de esas tres cosas?

ATIN. La última: que me he marchado... ¡al infierno! Vase por el fondo y el Camarero por la derecha.

ESCENA VIII

Los SEÑORES DE LA TERTULIA *que habrán vuelto á sus sillones.*

SEÑ. 2.º Al Señor 1.º No ha querido usted ver á *La Nacarina...*

SEÑ. 1.º ¿Para qué...?

SEÑ. 3.º Es una mujer guapísima... y muy elegante... y muy...

SEÑ. 4.º Interrumpiéndole. Eso; y muy...

SEÑ. 2.º Interrumpiéndo también; con malicia. ¡Entendido!

SEÑ. 1.º Razones poderosas de prudencia y de público recato, obligan á que nos mostremos alejados de ciertas peligrosas admiraciones...

SEÑ. 2.º Al Señor 1.º De forma que se ha quedado usted, por hipocresía ó por virtud...?

SEÑ. 1.º Me he quedado... Aparte. Por las cinco pesetas malditas.

SEÑ. 2.º No se puede ser tan puritano; grave y harto censurable es que nosotros vayamos en busca de ocasión... pero... ¡cuando las cosas vienen rodadas...!

SEÑ. 1.º Aparte. Las únicas que han rodado aquí, son las pesetas.... Los señores de la tertulia continúan conversando.

ESCENA IX

Dichos y los dos MARTINGALISTAS

MAR. 2.º Sale con su compañero por la derecha y ambos se paran en el centro del escenario; después se dirgen muy pausadamente al foro. Con sentimiento, por la pérdida. No decía usted que era infalible? Esto se llama llegar y.... ¡se habrá equivocado usted...?

MAR. 1.º Con amargura. ¿Qué me he de equivocar...! ¡Adiós, mi paciencia!

MAR. 2.º Y.... ¡adiós mi capital! No hemos ganado ni una...

MAR. 1.º ¡Ni una! Usted creerá qne yo he tenido la culpa?

MAR. 2.º Muy extrañado. ¡Pues quién la ha de tener?

MAR. 1.º ¡El Sr. Reventón! En cuanto ví que se colocó misteriosamente á nuestro lado y me pidió tres ó cuatro cigarrillos... Enseguida dije, ¡este tío nos *gafa!*

MAR. 2.º También á mí...

MAR. 1.º Interrumpiendo. También le ha pedido á usted tres ó cuatro cigarrillos...?

MAR. 2.º No, señor, á mí me ha pedido tres ó cuatro pesetas.

MAR. 1.º ¿Y se las ha dado usted?

MAR. 2.º ¡Qué iba á hacer! ¡Me puso una cara...! Aseguró que me las devolverá...

MAR. 1.º ¡Devolver! Perdidas, perdidas en absoluto... ¡No piense usted más en ellas...!

MAR. 2.º Con gran aflicción. ¿Yo pensar? ¡Ni en las otras!

MAR. 1.º Con relativa desesperación. Tres *llaves* en cinco minutos...

MAR. 2.º ¡Bendita combinación! Con ganzúa voy á tener que sacar yo mis dineros.... Con desaliento. ¡Ni ropa para mudarme esta semana...! ¡Mire usted que si llego á presentar la dimisión del empleo...! Los dos martingalistas marchan por el foro.

ESCENA X

SEÑORES DE EDAD, CARLOS, UN SEÑOR *que le acompaña,* *y* ROBLES

Carlos, el padrino de Pilar, entra acompañado de otro Señor y se colocan en un velador á la izquierda; primero conversan y

después escuchan con amarga ansiedad y cuando lo indica el diálogo, todo cuanto se habla de D. José.

ROBL. Saliendo por la derecha y colocándose detrás de uno de los sillones, en el que se apoya. Señores, apena ver lo que pasa hoy en la sala de juego....

SEÑ. 1.º Pues en la cara se le conoce á usted que ha ganado....

ROBL. Efectivamente; son muy pocos los que pierden y muchos, muchísimos los que han triunfado y en gordo....

SEÑ. 2.º ¿Quién es el pagano?

ROBL. D. José, ¿quién ha de ser? El doctor, pierde hoy un dineral....

SEÑ. 1.º ¡Qué pena de hombre! Una persona tan culta, tan bien educada, rodeada de un gran prestigio profesional.... ¡y con ese vicio!

SEÑ. 2.º Algo había de tener.... no todo han de ser dichas....

SEÑ. 1.º Al Señor 2.º Parece que se alegra usted....

SEÑ. 2.º Sí, señor; que lo celebro.... Son muchos los mimos y grandes las caricias que halagan al doctor, para que no le alcance también algún zarpazo de la desgracia.... Carlos, al oír esto, hace ademán como de abalanzarse contra el Señor 2.º; el compañero de aquél le detiene.

SEÑ. 1.º ¿Y es mucho lo que pierde?

ROBL. Les digo á ustedes ¡que un capital!

SEÑ. 3.º A sus contertulios, no ocultando la satisfacción. Vamos á presenciar la derrota...?

SEÑ. 1.º Veamos esa desdicha.... Los señores de la tertulia se van por la derecha.

ROBL. Al dirigirse al foro, nota la presencia de Carlos, que aparece pensativo y en actitud su compañero, como si tratara de comunicarle ánimos. Mirando á éstos, aparte. El compadre de D. José, escuchando la edificante murmuración de una persona, á quien tanto quiere... Estas realidades de la vida, amargas, muy amargas, son las que endulzan y suavizan los caracteres. Váse por el foro.

ESCENA XI Y ÚLTIMA DEL SEGUNDO CUADRO

CARLOS *y su* COMPAÑERO

COMP. Después de un breve silencio. Carlos, ¿qué piensa usted?

CAR. Con sincero sentimiento. En algo que voy á realizar, algo grande, aunque sea íntimo.. . ¡Pobre Pepe! Ya ha oído usted, como yo; esa es la sociedad ... Siente

el placer del derrumbamiento, despereza sus dormidas garras y destroza al mismo á quien acarició con mentidos arrullos, quizá para que le sean más duros y crueles los zarpazos.... más dolorosas las rasgaduras.... En este caso, ¡la locura de Pepe le hace acreedor á que se ensañen con él! La llaga, la úlcera, no es imputable al médico que la descubre; sino á la masa humoral, al organismo enfermo que la padece.... Como tratando de convencer á su interlocutor. Usted comprenderá que no es su ruina la que me conmueve; mientras yo sea rico, ni á su hija ni á él, nada les ha de faltar.... Sin embargo, por lo mucho que le quiero, me derrumba no poder amordazar las lenguas de esas gentes, ahogar sus diatribas.... Su perseguimiento es después de todo, un perseguimiento cruel, pero en el que se condensa algo..... ¡que cumple una misión justiciera! Como si describiera la actitud de D. José. Seguramente, estará inconmovible; su fisonomía severamente simpática, no reflejará las violentas emociones de su alma..... La vesania del juego, en lucha con su exquisita educación, pero oscureciendo su inteligencia clarísima.... Con gran amargura. El vicio señalándole con el estigma del vencido.... del humillado.... Sentidamente esperanzado. ¡Ojalá que la realización de lo que antes pensaba, sea la salvación de Pepe y un motivo de legítimo orgullo para mí!

TELÓN

CUADRO TERCERO Y ÚLTIMO

Gabinete en casa de don José y como en el primer cuadro á escenario reducido.—(Con el fin de hacer más rápida la mutación, bastará un telón de fondo y dos laterales.) Puerta al foro y otra á la izquierda, con cortinones caídos. En la derecha del escenario una butaca vuelta, inclinada hacia el lateral. Sillas, sillones, un velador ó mesa pequeña en el centro y sobre ésta un álbum.

ESCENA I

MARÍA *y* CARLOS

MAR. Sentada á la izquierda repasa el álbum.—Después de una breve pausa y al ver entrar á Carlos. ¡Me has asustado...! Tranquilizándose y apaciblemente. No se por qué, estoy muy nerviosa...

CAR. Tratando de disimular su inquietud. Algo parecido me aqueja á mí...

MAR. ¿Qué te ocurre? Con cariñoso humorismo. Quizá la neurastenia...

CAR. Desentendiéndose y como respondiendo á sus ideas. Está Pilar...?

MAR. Sí, en el tocador; acabamos de llegar. Está cambiándose de vestido, hace un momento vinimos de paseo... Fijándose en la actitud de Carlos; se levanta. A tí, te ocurre algo... Alarmada. Pero, te encuentras enfermo de verdad...?

CAR. No y sí; acompáñame á ver á Pilar; necesito hablarla... Pensativo; aparte. Un gran revulsivo al orden moral... ¡Algo que duela mucho!

MAR. Que se habrá acercado á la puerta de la izquierda y después de mirar al interior. Ven, aquí está tu ahijada... Carlos muy decidido marcha por la izquierda; le sigue María como extrañada de la actitud de aquél.

ESCENA II Y ULTIMA

DON JOSÉ, *después* PILAR *y* CARLOS

D. Jos. Después de una breve pausa, sale á escena por el foro; pensativo, automáticamente se dirige hacia la puerta de la izquierda; pero antes de llegar á ésta, se detiene. No; me falta valor... Le he tenido para disimular mi ruina ante los demás... ¡ante mi hija, no cabe el fingimiento! Se aleja un poco de la puerta y se apoya en el respaldo de la butaca de la derecha con la cabeza entre las manos y como sollozando. El actor cuidará de no exagerar esta situación. Cobardía, por el vicio... Degeneración, por falta de voluntad en dominarle... miseria, por haberla olvidado, por no tener en cuenta sus cariños redentores... Se sienta en la butaca de la derecha, dando la espalda al resto del escenario. Sí, ese es mi tormento y mi angustia... ¡haberla olvidado! El recuerdo de Pilar, es el conjuro al que debí someterme... Mi única defensa, debió ser ella... ¿Qué soy yo... ni mi crédito... ni mi honra...? Mi hija, lo es todo... Amargamente. Y en mi memoria se esfumó su figura; mi entendimiento perdió sus fueros para las que son obligaciones sagradas... mi voluntad... completamente perdida, se mostró débil... Nueva pausa. ¡Débil, no! Una pujanza soberana... siquiera sea la última... Saca un revólver y lo mira con desesperado consuelo; después deja caer el brazo derecho, en cuya mano sostiene el arma: se procurará por la semejanza que se parezca al pulverizador del primer cuadro. Un rasgo de virilidad que repare punibles perturbaciones... La sanción al abandono de mi hija... Justo castigo es borrar mi vida, que yo mismo descalifiqué con infames acciones... Me juzgo despreciable, porque ya no cabe en mí la confianza en mi propio destino... Si en mi retina se perdió por un solo instante la imagen adorable de mi hija Pilar, justo es que mis ojos queden vidriados para siempre...

Pilar habrá salido á escena un momento antes; mirará compasivamente á D. José, se limpiará los ojos como si viniera llorando y haciendo un esfuerzo gigantesco, sobreponiéndose á sus emociones, se acercará suavemente á su padre, que al decir las últimas frases, levantará el revólver hasta acercar el cañón á su cabeza. En tal momento, Pilar detendrá el brazo de D. José.—Carlos, que habrá salido detrás de Pilar, quedará á la izquierda, mirando al grupo con intensa emoción.

PIL. Con delicadísima ternura y como fingiendo un error, que bien sabe

ella que no es verdad. ¡Papá, lo que tú me has prohibido esta mañana, tampoco es justo que yo ahora lo consienta en tí...!

Don José mirará fíjamente, como enloquecido y no creyendo sea verdad, tiene á Pilar á su lado.—Al convencimiento, se levantará, para unirse con ella en fuerte abrazo. Pilar, desahogándose, romperá en dulce lloro.

CAR. ¡Haga Dios que de esas caricias, surja su redención!

TELÓN RÁPIDO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas
Nubes y Celajes (Colección de artículos literarios).	1 »
Globulillos (Revista cómica).....	2 »
La clase obrera (Estudio científico social).....	1 »
La Flor de la Alcarria (Novela).....	2 »
Delirio Artístico (Boceto dramático)...	1 »
¡Peripecias! (Juguete cómico).....	1 »
El Indispensable para el Abogado y el Util para los demás (Enciclopedia jurídica).....	5 »

En preparación: «La política de otros y la mía en Guadalajara».

Para pedidos de estas obras:

Estudio, 14 bajos.—Guadalajara.

3 0112 117466620

PRECIO: UNA PESETA